

## EL CAMINO INTERIOR

La vida de santidad ha de dar pasos decididos cada día por el camino interior. Dios nos espera dentro de nosotros mismos. Allí le debemos buscar y, al fin, encontrar. Santa Teresa hablaba de la “*séptima morada*” de nuestro castillo interior.

Traemos hoy dos textos que nos animan a seguir este camino.

La **Madre M. Angélica**, fundadora en 1962 del convento de Nuestra Señora de los Ángeles en Birmingham, Alabama, y en 1981 fundadora de la cadena *Eternal Word Televisión Network*, en el libro firmado por Christine Allison, *Respuestas, no promesas, de la Madre Angélica*, nos dice que el reto de la fe consiste en salvar los confines de nuestros sentidos. Así se explica:

*“Al principio todos buscamos al “Dios de los sentidos”, un Dios que podamos ver, oír y tocar. Nos formamos esta imagen de la infancia y supone un primer paso importante para comprender el cariño paternal de nuestra Dios. Lamentablemente, sin embargo, para muchos en esta imagen acaba el aprendizaje y llegamos a la vida adulta pensando todavía en “aquel anciano”. Entonces, cuando no acude a nuestra ayuda en las crisis financieras o no impide la muerte de algún ser querido, lo descartamos de nuestra mente como tantas últimas posibilidades que tampoco se materializaron.*

*La verdad es que Dios es invisible. No podemos verle. No podemos oírle. No podemos tocarle. Pero está ahí. Siempre ha estado y siempre estará. Lo conoce todo y a todos, porque lo ha creado todo y a cada uno de nosotros. Nada ocurre sin que Dios lo sepa. La grandeza de Dios es incomprensible para nosotros, pero nuestra incapacidad para comprenderla no altera el hecho de que sea cierta. El reto de la fe consiste en salvar los confines de nuestros sentidos y asir, a algún nivel, esta verdad que no podemos ver, oír, ni tocar”.*

**San Agustín**, en sus *Confesiones* (libro X, 6) nos enseña que el mejor camino para buscar a Dios es el camino interior. Es un texto muy conocido y merece la pena releerle con atención:

*“Interrogué a la tierra, y la tierra me dijo: No soy tu Dios. Todas las cosas que hay en ella confesaron lo mismo. Interrogué al mar y los abismos y a los seres animados que en ellos pululan, se arrastran y viven, y respondieron: No somos nosotros tu Dios; búscale encima de nosotros. Interrogué los soplos de los aires, y díjome el reino del aire y todo lo que en él mora: Anaxímenes te engaña; no soy tu Dios. Interrogué al cielo, sol, luna y estrellas: Nosotras no somos el Dios que buscas, me respondieron a coro. Y pregunté a todos los seres que se estacionan a las puertas de mis sentidos carnales: Decidme de aquel Dios que no sois vosotros; decidme algo de Él. Contestáronme con grito potente: Nos hizo Él. La interrogación era mi contemplación; la respuesta era su hermosura. Y me dirigía a mí mismo y me dije: Tú, ¿qué eres? Y me respondí: Hombre. Cuerpo y alma tengo a mi servicio: el uno exterior, interior la otra. ¿Por cuál de estos debí buscar a mi Dios, a quien yo había buscado con mi cuerpo, desde la tierra al cielo, tan profundamente cuanto pude enviar a los mensajeros los rayos de mis ojos? Mejor camino era el camino interior. A mí como a presidente y juez de sus respuestas, del cielo, de la tierra, de todas las cosas que en ellos hay, me traían sus nuevas como embajadores mis sentidos corporales, a una me decían: No somos Dios y nos hizo Él. El hombre interior conoció esto por ministerio del hombre exterior; y yo, el ser interior; yo, el alma, lo conocí por los sentidos de mi cuerpo”.*

¿Dejaremos de dar vueltas al castillo para entrar de una vez en las moradas interiores?